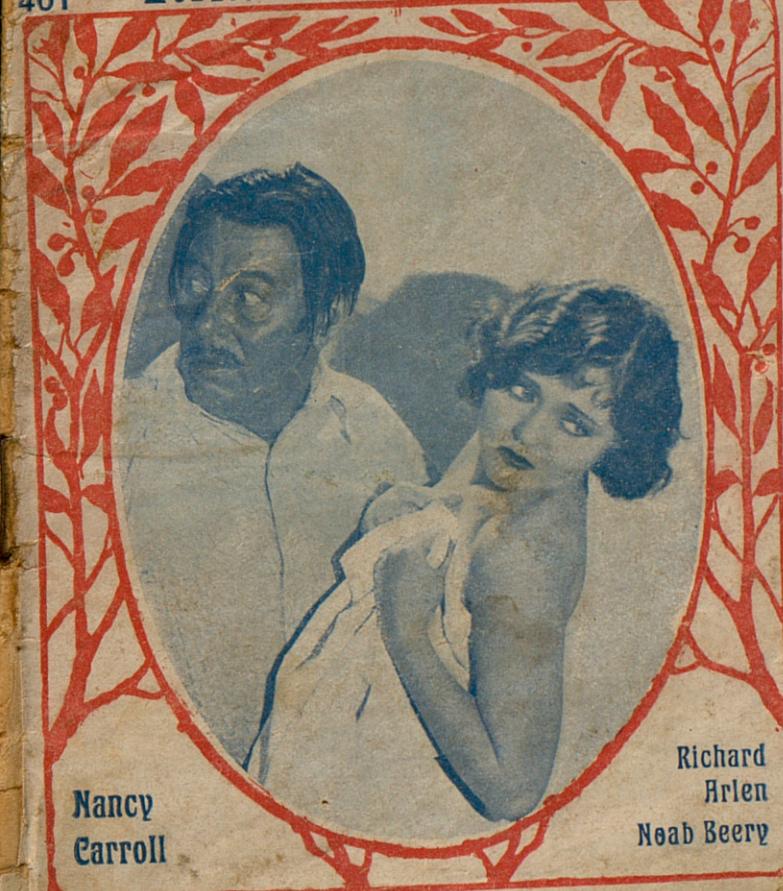


Biblioteca-Films

NÚM.
401

PARAÍSO PELIGROSO

25
CTS.



WELLMAN, William A.

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 - APARTADO 707
Sdad. Oral. Española de Librería: Barbará, 16
BARCELONA

AÑO VII APARECE LOS MARTES N.º 401

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

** Dangerous Paradise, 1930

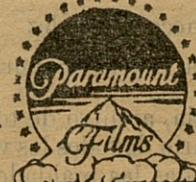
PARAISO PELIGROSO

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el notable actor cinematográfico

RICHARD ARLEN

por MANUEL NIETO GALÁN
Novela "Victorio" de Joseph Conrad

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO:
NANCY CARROLL
RICHARD ARLEN

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



mismo nombre, café, garito y palacio del placer al mismo tiempo.

En este lugar conocemos a Sangiacomo y a las doce señoritas de su orquesta, "importadas directamente de los Estados Unidos", según rezaba en los programas; conocemos también a Míster Jones, un caballero errante del crimen; a Ricardo, su imprescindible ayudante en todas sus fechorías, y al hercúleo Pedro, brazo ejecutor de los designios de ambos.

En este ambiente, como una flor nacida en pleno lodazal, se hallaba una preciosa muchacha, en quien se advertía, desde el primer momento, que estaba fuera de su elemento. Sus actos, sus acciones, la educación que se reflejaba en ella y su característica bondad confirmaban en cualquier hombre de media-nía cultura y sentimientos este criterio, diferenciándola inmediatamente de sus otras compañeras. Pero obligada por el ambiente y por la necesidad, Alma, que así se llamaba la joven, se veía precisada a alternar con todos los parroquianos del mal llamado Casino y hacer porque se dejases allí el dinero, que tan pingües ganancias reportaba al propietario Schomberg.

En una isla próxima, casi deshabitada, vivía otro joven llamado Heyst, a quien desengaños amorosos y las tempestades de la vida habían llevado allí, donde procuraba olvidar

PRIMERA PARTE

De Sourabaya, un miserable islote perdido en la inmensidad del Pacífico, podía decirse lo que Kipling dijo en uno de sus poemas más conocidos:

Al oriente de Suez,
donde es pésimo el mejor,
y escarnece la beodez
la Santa Ley del Señor.

En aquella isla, archivo de todas las delincuencias, santuario de todos los vicios y campo propicio para todas las maldades, que de vez en vez solía ser visitada por turistas americanos, ávidos de emociones fuertes imposibles de hallar dentro de los confines de su patria, ejercía poder omnímodo el adiposo Wilhelm Schomberg, propietario del casino del de su

sus penosos recuerdos, sin más compañía que la de un fiel criado chino y su esposa.

Todos los meses solía ir a Sourabaya unas dos veces en su pequeña lancha, en busca de provisiones, e invariablemente hacía una visita al Casino de Schomberg, más con ánimo de matar el aburrimiento, que con el de divertirse, cosa en verdad imposible para un espíritu refinado como el suyo.

Hacía poco tiempo que las doce señoritas, entre las que se encontraba Alma, habían llegado a la isla de Sourabaya, cuando una noche entró Heyst en el Casino. Al verlo se le acercó el dueño y le preguntó sonriente:

—¿Cómo ha tardado tanto esta vez?

—Porque la pasada me llevé bastantes provisiones—contestó secamente el joven.

A pesar del gesto de pocos amigos que denotaba Heyst, no por eso el dueño dejó de seguir la conversación diciéndole:

—Fíjese en que hay “género” nuevo. Han venido doce señoritas de los Estados Unidos... y las hay preciosas.

—Ya sabe usted que me importan poco todas las mujeres del mundo. Vengo aquí a pasar unas horas, las precisas para que se haga de día y poder volver a mi isla.

—Sí, ya sé que tiene usted miedo de que le roben su tesoro—exclamó bromeando Schomberg—. Por aquí dicen que tiene usted mucho oro escondido.

—Cualquier cosa dirán por ahí, menos la verdad—respondió Heyst, a la vez que se sentaba en una de las mesas y ordenaba a un camarero que le sirviese una copa de Benedictino, bebida verdaderamente rara en aquel lugar donde privaba únicamente el whisky.

Schomberg comprendió que su parroquiano tenía pocas ganas de hablar y se alejó para reunirse a uno de sus amigos que se hallaba en una mesa de enfrente.

Poco después salieron las muchachas y ejecutaron sus bailes, entre los gritos de los parroquianos, que las miraban ávidamente, sintiendo las pobres jóvenes sobre sus cuerpos los ojos lascivos de aquellos hombres.

Sentado ante la copa de licor que le habían servido, y que todavía no había empezado, Heyst seguía con mirada indiferente el movimiento de las muchachas que bailaban, hasta que una vez terminado, cada una fué a sentarse a una mesa diferente. La casualidad quiso que Alma fuera a ocupar un asiento en el que estaba el solitario de la isla, mientras que la presencia de éste era comentada en voz baja por Schomberg y uno de sus parroquianos, un viejo lobo de mar, capitán de una goleta que había recalado en la isla por insubordinación de su gente de a bordo, cansada ya de sufrir los malos tratos y la crueldad de aquel hombre.

El capitán miraba a Heyst, y al observar

que éste se conformaba con tener delante de si una copa de licor, exclamó:

—¡Qué avaro! ¡Las botellas de vino que podría comprar con el oro que tiene escondido!

—¿Cree usted que es cierto lo que dicen de Heyst y del oro que tiene escondido en su isla? —inquirió con mal disimulada curiosidad Schomberg.

—¿Cree usted que si no fuera verdad iba a vivir solo en ese islote?

—Sin embargo —le contestó el dueño del establecimiento —, él lo niega.

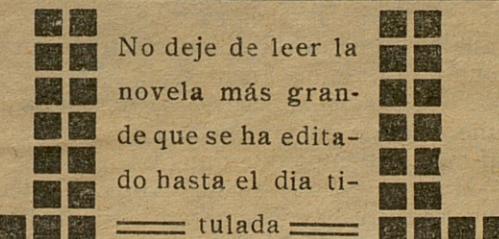
—Claro que no va a decirlo al primero que se encuentre para que se lo puedan robar —exclamó el capitán —; pero estoy seguro de que es verdad todo cuanto dicen. ¿Usted no lo cree?

—Yo creo que tendrá algún dinero, pero no oro —replicó Schomberg —. Será un perseguido de la justicia que ha ido a esconderse a esa isla.

Pero a pesar de aquello que decía, interiormente el dueño del Casino estaba seguro de que Heyst poseía una verdadera fortuna en la isla y de que las noticias que circulaban

acerca de su oro no era una pura fantasía, sino una dorada realidad, de la que él esperaba aprovecharse algún día, durante uno de los viajes que el joven hacía a la isla para aprovisionarse. Claro está que este pensamiento lo ocultaba cuidadosamente, convencido de que todos los hombres que vivían en Sourabaya no opondrían el menor reparo en realizar igual azaña, fuese de la forma que fuese.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



No deje de leer la
novela más gran-
de que se ha edita-
do hasta el dia ti-

lulada

Don Juan Diplomático

por Miguel F. Rocha y Celia Montalvan

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SEGUNDA PARTE

Alma, después de sentarse a la mesa que ocupaba Heyst y ver que éste no le hacía caso, le preguntó, extrañada:

—¿Acaso le molesta a usted que me haya sentado en su mesa?... ¿Tiene usted alguna conocida?... Sí, sí, le ruego que me perdone, pero ya me voy.

Le extrañó a Heyst la corrección de aquel lenguaje en una muchacha que actuaba en el Casino y se apresuró a contestar:

—No se moleste, señorita. No espero a nadie ni me disgusta su presencia. Puede sentarse aquí todo el tiempo que quiera.

—Muchas gracias—replicó Alma. Y viendo que se acercaba un camarero a ella le dijo:

—Tráigame un whisky.

Aun cuando Heyst había dicho al dueño del establecimiento que no le importaba ninguna mujer del mundo, parecía que la presencia de Alma le hacía cambiar de pensamiento, porque de cuando en cuando miraba a la joven y se sentía atraído por la dulzura que expresaban aquellos ojos. Finalmente, sin poder contener su curiosidad, le dijo:



Era una muchacha diferente a las demás.

—¿Se sienta usted siempre en la mesa del primero que llega?

Ella bajó los ojos avergonzada y respondió, como queriendo excusarse ante él:

—Mi obligación es distraer a los parroquianos y hacerles gastar el dinero; pero no vaya usted a creer que lo hago a gusto.

—Pues si no le gusta, ¿por qué no se marcha de aquí?—volvió a preguntarle Heyst.

—¿Que me marche?—preguntó tristemente la joven—. ¿Acaso puede el prisionero

abandonar su cárcel?... Yo soy una prisionera de Sangiacomo.

—¿Por qué no recurre al cónsul de su país para que la repatrie?—volvió a decirle el joven, a lo cual replicó Alma, fija la mirada en el color de oro del whisky, que permanecía intacto en la copa, junto a la ya media vacía de Heyst.

—Mi cónsul no puede hacer nada por mí... Estoy en demasiado en deuda con Sangiacomo... ¡Ah!, usted no sabe lo que es esto... Tuve que unirme a la orquesta de ese malvado para no morirme de hambre... Vine aquí engañada con falsas promesas... Pero... ¿por qué seguir? ¿Qué puede importarle todo lo demás?

—Crea que me interesa su historia—replicó Heyst, de quien de repente se había apoderado una extraña simpatía por aquella muchacha cuya bondad se reflejaba, más que en sus palabras, en sus ojos de una dulzura infinita—. No tenga miedo de mí.

—¿Miedo de usted?—exclamó Alma—. ¿Cómo he de tener yo miedo de usted que es el único hombre bueno, que me parece que hay entre todos los demás que viven aquí?... ¡Yo no sé que será de mí si esto no termina pronto!—terminó diciendo la joven, después de una breve pausa, en la que parecía que todos sus tristes pensamientos acudían a su memoria.

La voz de Sangiacomo, que llamaba a las muchachas de su orquesta a la plataforma para continuar el concierto, interrumpió inopportunamente el diálogo de los dos jóvenes, que se despidieron diciéndole ella:

—¿Estará usted aquí, para cuando acabe este número?

—Lo siento—respondió él—, pero he de retirarme. Antes de amanecer tengo que tenerlo todo preparado para emprender mi viaje de vuelta.

—¿Y cuándo vendrá usted otra vez?

—Hasta el mes que viene. Llevo bastantes provisiones para no necesitar salir de mi isla, de aquel trozo de tierra que para mí es un verdadero paraíso, por su soledad.

—Entonces —suspiró tristemente ella—, quizás cuando vuelva otra vez ya no nos encontraremos. Yo no podré seguir viviendo mucho tiempo esta vida.

Heyst sintió interiormente una melancolía, un sentimiento tan extraño en él, que sólo pudo calificarlo de simpatía.

La voz imperativa de Sangiacomo sonó nuevamente, llamando imperativo a Alma y ésta se alejó del joven compañero para ir a la plataforma donde ya estaban sus compañeras esperándola.

—¿Parece que el solitario de la isla no te desagrada?—le dijo bromeando una de sus amigas.

—¡Bah!—exclamó ella—. Poco le importan a ese todas las mujeres del mundo.

—Entonces, ¿no ha quedado por ti, verdad?—insistió la misma compañera.

—Ha quedado por los dos—exclamó Alma.

—Pero no me negarás que es un muchacho muy simpático y además... muy rico—continuó diciéndole la otra.

—Te advierto—le replicó la joven—que me importa muy poco esta última cualidad suya. No sabía nada de su dinero. Me senté a su mesa casualmente y luego me pareció un hombre completamente diferente a todos los que están por aquí.

—Pues es lo mismo—intervino Sangiacomo, con mal disimulado disgusto, producido por los celos—. Ese hombre ha debido cometer un crimen gordo, cuando ni en Sourabaya se encuentra seguro y busca el refugio de esa isla solitaria para huir de la justicia.

Alma, que sentía un desprecio profundo por el director de lo orquesta, no se dignó siquiera contestarle.

Aquella misma noche, algunas horas después, cuando los parroquianos habían abandonado el café, dos miserables, Schomberg y Sangiacomo, tramaban uno de sus maquinativos planes, mientras bebían profusamente. El primero de ellos le decía al otro:

—Déjese de pamplinas y créame que es lo mejor que le propongo.

Sangiacomo dudaba aun de aceptar el plan de su compañero; pero éste siguió diciéndole, para decidirlo:

—Estoy seguro de que la muchacha se ha interesado por Heyst y si perdemos la ocasión de esta noche, se nos escapará la palomita.

—Pero Alma se opondrá a nuestros deseos —replicó Sangiacomo.

—Claro que se opondrá—respondió Schomberg—, pero ¿qué importa eso? Nosotros la convenceremos, sea como sea, de que más vale que caiga en nuestras manos que no en las de ese joven americano.

Convencido finalmente por las palabras del dueño del café, mientras Alma se hallaba en su cuarto dispuesta a descansar, los dos hombres se deslizaron cautelosamente hacia el cuarto de la muchacha, que se vió sorprendida por la presencia de aquellos dos abyectos seres. En los ojos de la inocente joven se expresó todo el terror que sentía en aquellos instantes, al verse a merced de aquellos miserables, que ni aun entre ellos mismos podía existir un sentimiento de concordia.

En presencia de la inocente presa que el Destino ponía en sus manos, cada uno de ellos sintió el egoísmo de la supremacía y entre ambos se estableció una lucha mortal. Sangiacomo quería imponer su derecho de haber sido él el que había llevado a la isla a la joven,

mientras que el otro quería hacer valer su posición de dueño del establecimiento. No tardaron en llegar a los manos y Schomberg, más fuerte que su adversario, aprisionó entre sus garras el cuello de Sangiacomo, y mientras que Alma huía despavorida de aquel lugar maldito hacia la playa, Sangiacomo caía estrangulado.

PIDA el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. **LOS DIEZ**
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco estímulos
para el certificado. Franqueo gratis

TERCERA PARTE

Amanecía en la bahía de Sourabaya cuando Alma, asustada de su propia temeridad, se atrevió a salir del escondrijo donde había pasado la noche, o sea de la lancha de Heyst, cuando esta se hallaba ya a la vista de la pequeña isla solitaria donde vivía el joven americano, que al verla quedó extrañado de su presencia allí y le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo logró esconderse en la lancha?

—No se enfade conmigo—respondió humildemente la muchacha—. Tenía que hacerlo... No podía continuar en aquel infierno. Sangiacomo y el dueño del café quisieron abusar anoche de mi soledad y entraron en mi habitación. Tuve la suerte de que los dos lucharán y escapé horrorizada, sin darme cuenta a dónde me dirigía. Todo mi afán era verme libre de aquellos miserables. Llegué a la playa y me metí en esta lancha, pensando salir a la mañana siguiente, pero de pronto le vi llegar a usted y no sé por qué, creí que usted era el único hombre que podía salvarme.

—¿Y ahora qué piensa usted hacer?—le preguntó Heyst, no muy conforme con la presencia de la joven en la isla.

—Volver a los Estados Unidos tan pronto como pueda.

Heyst vió en aquello el mejor medio para deshacerse de la muchacha, sin complicar para nada su vida de completa soledad y responsabilidad, creyendo encontrar el modo de que ella se fuera pronto.

—Bueno. Le prestaré el dinero para el viaje y cuando pase el vapor correo de la semana que viene, le haré señas para que se detenga a recogerla.

—¡Gracias!—exclamó Alma, sintiéndose cada vez más confiada a aquel hombre, tan completamente distinto a todos los demás que había conocido en la isla. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

Wang, el leal criado de Heyst, al divisar desde un altonazo de la isla la embarcación de su amo, se echó al mar en un esquife y a los pocos minutos llegaron los tres a la isla. Se dirigieron a la única casa que había en ella, que era la de Heyst, y éste le indicó su habitación, diciéndole:

—Aquí puede usted estar los días que faltan, hasta que llegue el vapor, mientras tanto puede usted recorrer la casa y la isla sin temor a que nadie le diga nada.

Marchó la joven a la habitación que le



En los ojos de la joven se expresó el terror...

había designado Heyst, al mismo tiempo que el criado se acercaba a su amo y le preguntaba curiosamente:

—¿Es la amita, señor?

—No, Wang—respondió él—. Ella se marchará cuando pase el correo.

—¡Es una lástima!... ¿Verdad?... Aquí estaría mejor que en ninguna parte.

—Pero ella se tiene que marchar a los Estados Unidos—siguió diciéndole Heyst—. Y yo quiero también que se marche.

El criado movió incrédulamente la cabeza y su amo le preguntó:

—¿Qué es lo que piensas, Wang?

—Que el amo dice lo que no siente. La muchacha es muy hermosa para no gustarle.

—Ya sabes que a mí no me gusta ninguna mujer—replicó secamente Heyst—. Ella se marchará y nosotros quedaremos como antes.

Ante la contestación categórica de su amo, el criado no se atrevió a replicar y se fué a la cocina para preparar el almuerzo de los recién llegados.

Pasaron los días; Alma y Heyst seguían viviendo completamente distanciados, aun cuando sus corazones, sin que ellos se dieran cuenta, se habían unido demasiado. Cada uno de los dos se sentía atraído por el otro. Aquellas horas de soledad en que ambos podían estudiarse ampliamente, sirvieron para que comprendiesen la felicidad que el uno podía encontrar en el amor del otro. Mas, sin embargo, Heyst supo sobreponerse a este sentimiento que él mismo no adivinó y siguió haciendo su vida solitaria de siempre. Varias veces durante la comida, Alma intentó hablar de su pasado, en el que ni la menor sombra de pecado podía acusarla, con el deseo también de obligar a Heyst a confesarle su vida y los motivos que le obligaron a permanecer en aquella isla solitaria. No obstante, él sabía siempre cortar aquella conversación, aleján-

dose de la joven, que sentía la desesperación de no verse comprendida en el amor que sentía por aquel hombre.

Llegó por fin la víspera del día en que debía pasar el correo por la isla, y Alma hacía los preparativos para repatriarse, en tanto que Heyst, impasible, seguía embebido en la lectura de un libro que no había soltado de las manos desde su llegada con Alma. Ella de cuando en cuando miraba al joven, deseando ver en sus ojos algo que le dijese que sentía tanto como ella aquella separación y al advertir su insensibilidad, no pudo contenerse y exclamó desesperada:

—Desde que llegué aquí no ha hecho usted más que leer.

Heyst levantó la vista del libro y dirigió una mirada indiferente a la joven, que siguió diciéndole:

—¿Por qué no deja el libro para cuando yo esté fuera? No habré de tardar mucho, toda vez que el buque pasa mañana.

—¿Le gusta marcharse de la isla?—le preguntó Heyst.

—A mí lo que me gusta es no ser un estorbo—replicó Alma.

—¿Un estorbo?—respondió con igual indiferencia Heyst, dispuesto a herir la sensibilidad de la joven—. Le advierto que apenas me he dado cuenta de que está usted aquí.

—Sea franco y no disimule su alegría por

mi marcha—replicó Alma—. Es inútil que lo oclute... Usted quiere que me marche.

Heyst sonrió, haciendo un gran esfuerzo para conservar su naturalidad y le respondió:

—No estoy muy seguro de ello. Quizás cuando esté fuera de la isla la eche de menos.

—No me echará usted de menos, porque a usted no le gusta más que la soledad—exclamó cada vez más indignada Alma—. Y dando rienda suelta a toda su desesperación siguió diciéndole:

—¿La soledad? ¡Refugio y madriguera de cobarde! ¡Sí, es usted un cobarde! Por esto se esconde en esta isla, porque es usted un cobarde y le tiene miedo a la vida, le tiene miedo al amor!

Heyst dejó el libro que aun conservaba en las manos y le respondió:

—Es verdad, sí, temo al amor y mis motivos tengo para ello... Un día amé a una mujer y mi amor...

—Siga usted—inquirió Alma, al ver que se detenía en su confesión—. Continúe, ¿qué iba usted a decir?

—La primera noche que la vi creí que usted era diferente a todas las demás mujeres, pero aquella misma noche, poco después de haber hablado con usted, supé que me había equivocado. La propia mujer de Schomberg, ví-



—Perdone mis palabras, Alma.

tima como usted de aquel malvado, me lo contó todo.

—Y qué es lo que le pudo contar de mí? —preguntó Alma.

—Me dijo que usted y su esposo...

—¡Calle, calle!—gritó la muchacha indignada—. ¿Pudo usted creer toda esa infamia de mí?... ¿Ve cómo usted es un cobarde?... ¿Por qué cree usted que me arriesgué a venir aquí? ¡No fué ciertamente por usted, sino por huir de aquellos malvados! ¡Pero ahora quie-

ro huir de usted, porque es peor que ellos!

La indignación de la muchacha, que estaba a punto de deshacerse en lágrimas, conmovió al joven americano, que levantándose de su asiento, se acercó arrepentido a Alma diciéndole:

—Perdone, Alma, perdone mis palabras, que no sé porque las he dicho... Dígame que no me guarda rencor por ellas

—Sí—le gritó Alma—. No podré olvidar esa ofensa; le guardaré todo mi rencor.

—No, Alma—suplicó el muchacho—. Dígame que no me odia.

—No le odio—confesó sinceramente ella— porque le amo con todo el querer de una mujer, pero quiero marcharme para no verlo más.

Y altiva como una diosa, se dirigió hacia la puerta, mientras que Heyst la seguía llamándola suplicante:

—Alma, Alma...

CUARRTA PARTE

Volvamos la vista atrás y recordemos la noche en que Schomberg, para deshacerse de Sangiacomo, le dió muerte a éste. En aquel mismo instante, como impulsados por un destino fatal, se presentaron los amigos del dueño del establecimiento: el hercúleo Pedro, Jones y Ricardo. La presencia de aquellos tres individuos no satisfizo mucho a Schomberg, para quien las testigos de vista de sus crímenes no eran personas muy de su aprecio. Con gran astucia, digna tan sólo de su maldad, supo inculcar en ellos la idea del robo, diciéndoles una tarde:

—Yo conozco a un hombre que tiene oro, mucho oro escondido.

—¿Y quién es ese hombre?—preguntó Jones.

—Ese hombre siguió diciéndoles Schomberg—vive solo en una isla deshabitada, a donde se escapó con una muchacha hermosísima, la mujer más bella que jamás se ha visto y a la que yo quería. Si estáis conformes podemos dar un golpe admirable. Apo-

derarnos, no solamente de su oro, sino también de la muchacha.

Un observador sagaz hubiera adivinado en el semblante de los tres sujetos, a quines Schomberg se dirigía, emociones diferentes:

A Jones era el brillo del oro el que agitaba sus más viles pasiones; a Ricardo era la posesión de la muchacha, que Schomberg acataba de describir como la criatura más adorable del mundo, y a Pedro excitaba sus instintos de fiera humana la ejecución del criado para allanar el camino a sus amigos.

Y aquella noche, cuando Schomberg cerraba el Casino, los tres individuos se presentaron de improviso para librarse de Schomberg. Luchó éste contra ellos mas la superioridad numérica de ellos y la fuerza extraordinaria de Pedro, imposibilitó la defensa del dueño del café, que murió a manos de Pedro de la misma forma que él había dado muerte a Sangiacomo.

Al amanecer del día siguiente, los tres compañeros partieron con dirección a la isla para llevar a cabo el robo del oro, del que les había hablado Schomberg y apoderarse de la joven, cuya belleza era la obsesión de Ricardo.

A la caída de la tarde divisaron los tres sujetos la isla solitaria y poco después, precisamente en el instante en que Alma salía perseguida por Heyst, se presentaron estos ante la puerta, preguntando Pedro:

—¿Se puede pasar?

Al ver a los siniestros personajes, Alma, que nada bueno esperaba de ellos, puesto que ya los conocía, volvió a entrar nuevamente en la casa para advertir a Heyst del peligro que corría. Pero no le dió tiempo de hacer esta advertencia, puesto que Heyst se había adelantado y ofreció su casa a los que llegaban diciéndoles:

—Señores, poco puedo ofrecerles, pero procuraré que la noche que han de pasar aquí sea lo más cómoda posible para ustedes.

—Nosotros con poco nos contentamos— exclamó Pedro.

—Por mi parte — exclamó Ricardo, sin apartar la mirada de Alma—, creo que lo pasare bastante bien.

—Pues entonces — siguió diciéndoles Heyst—, les ruego que acepten un puesto en mi mesa y nos hagan compañía en la cena, a no ser que el cansancio les obligue a retirarse a descansar.

—Nada de eso—repuso Jones—. Tendremos el gusto de acompañarles.

Unas horas después se hallabán todos reunidos alrededor de una mesita y sentados sobre una estera, dispuestos a cenar opíparamente, excepto Pedro, que en su calidad de fingido criado, se había marchado a la cocina, donde producía la admiración de Wang por su manera de comer.

—Después de navegar todo un día y una noche sobre una simple barca de vela, la hospitalidad que nos ofrece usted es un verdadero paraíso, míster Heyst—le dijo Jones, a la vez que apuraba la tercera copa de Benedictino.

Ricardo comía y bebía sin apartar la vista de Alma, intentando varias veces coger disimuladamente, por debajo de la mesa, la mano de la joven, que ella se apresuraba a retirar.

Terminada la cena, Heyst señaló a Jones y a Ricardo dos habitaciones contiguas, mientras que Pedro quedaba en la cocina donde pasaría la noche.

Apenas se había alejado Heyst y cuando ya se disponía entrar a su cuarto, salió a llamarlo Ricardo, para poner en práctica el plan que habían premeditado durante el viaje y le dijo:

—Míster Jones me encarga que le diga si haría usted el favor de salir a la terraza para hablarle de un asunto importante.

Algo extrañado por aquel llamamiento, pero sin sospechar la verdadera causa, Heyst fué en busca del fingido míster Jones, mientras que Ricardo aprovechaba la ocasión para introducirse en la habitación de Alma, quien al verle le dijo indignada:

—¡Salga usted de aquí inmediatamente!
—No será sin que antes haya sido usted



—¡Será usted mía, quiera o no!

un poco amable conmigo—le respondió cínicamente Ricardo.

—¡Si no sale usted—volvió a decirle Alma —llamaré a Heyst para que le castigue.

—No diga tonterías—le respondió riendo Ricardo—. ¿Cree usted que ese hombre puede venir a auxiliarla? Demasiado tiene con defenderse él. ¡Será usted mía, quiera o no!

Se acercó más a ella, que retrocedía aterrizada, y pretendió besarla. Luchó la joven defendiéndose de la acometividad de aquel miserable, mientras que en la terraza el su-

puesto míster Jones, con sorprendente serenidad le decía a Heyst:

—Hemos venido aquí a robarle.

—¿A robarme? Aquí no hay nada que robar—replicó Heyst, convencido de que se las había con un sujeto peligroso.

—Usted tiene oro, no lo niegue, y no saldremos de esta isla sin él—insistió míster Jones.

Mas en aquel instante Heyst, que había previsto todo, dió un tremendo puñetazo al ladrón, que cogido de improviso cayó a tierra sin sentido. Pedro estaba al acecho; creyó oportuna su intervención y corrió en auxilio de su compañero. Mas al intentar coger por la cintura a Heyst para dar fin de él, sonó un disparo y se desplomó sin vida sobre el cuerpo inerte de Jones.

Se volvió rápidamente Heyst para ver quien era el que había hecho el disparo y se encontró con su fiel criado, que sonreía diciéndole:

—Ya sabía yo que estos hombres no eran buenos. Por eso quité el revólver de la mesa y vigilé.

De pronto una duda cruel asaltó la mente de Heyst. ¿Qué sería de Alma? ¿Dónde estaría el otro cómplice? Tomó el revólver y corrió a la habitación de la joven, que seguía luchando con Ricardo.

—¡Heyst!—gritaba la joven—. Heyst, salveme, por favor!

—¡Aquí estoy!—le gritó desde la puerta éste. Ricardo al verlo sacó un cuchillo y salió a recibir a Heyst. Mas no pudo usar el arma, porque antes de que llegara a la puerta, el americano disparó el revólver y la bala atravesó el corazón del bandido.

Alma se había arrojado sobre la cama y ocultaba la cara espantada, cuando Heyst se acercó amorosamente a ella, diciéndole:

—No se asuste usted, Alma. Los bandidos tienen ya su merecido. El único que queda con vida es Jones y ese pagará su culpa a la justicia. Tal vez no sea este su único delito.

Y cuando la joven separaba oír de labios del amado, las palabras de amor que la hubieran hecho el ser más feliz del mundo, se presentó Wang diciéndole a su amo:

—Ya está amarrado ese hombre, mi amo. Podemos dormir tranquilos que no se moverá.

—¿Estás seguro de que no podrá escaparse?—preguntó Heyst.

—Cuando yo amarro a una persona es muy difícil de que se escape—respondió con cierto orgullo el criado.

—Entonces vámonos — terminó diciendo Heyst—. Y dirigiéndose a ella, le dijo: Descanse usted tranquila, Alma. Ya no tiene nada que temer.

E. 19-2-6 / 8

Entre los dos hombres sacaron el cuerpo de Ricardo y lo dejaron fuera de la casa para darle sepultura al día siguiente.

Al amanecer del día siguiente, Heyst llevó a Jones hasta la playa, esperando que pasara el correo para hacerle señas y entregar a las autoridades marinas el reo. Cerca de una hora llevaba esperando cuando pasó el buque, y se detuvo al ver las señales que se le hacía desde tierra. En una lancha bajó el capitán, y al ver a Jones exclamó sorprendido:

—¿Qué hace aquí este buen pájaro?

—Pretendió asesinarme anoche — respondió Heyst—. Se lo entrego para que lo lleve a disposición de las autoridades marinas.

—Mal lo vas a pasar, Jones—le dijo el capitán—. Son muchas las deudas que tienes con la justicia.

Y haciendo una indicación a sus hombres, les ordenó que lo condujeran hacia la lancha que habían traído.

Cuando ya ésta se ponía en marcha para volver al buque, apareció Alma que se dirigió también a ella. Mas de pronto se vió cogida por Heyst que le preguntó:

—¿Dónde va usted?

—Al barco—respondió ella—. Me marcho a los Estados Unidos.

—¿Y será usted capaz de dejarme solo? —le preguntó amorosamente el joven.



—Seremos felices... muy felices.

—Ya le he dicho que yo no quiero estorbar su soledad—replicó ella.

—Alma—siguió diciéndole Heyst—. Bien sabe usted que la amo, que ya no podría vivir sin usted... ¿Por qué no quiere quedarse conmigo?

—Si ese es mi mayor deseo—exclamó alegramente la joven, sin tratar de ocultar su alegría, mientras que se dejaba abrazar por Heyst que le decía:

—Todavía seremos felices... Muy felices.
¿Verdad Alma?

—Si Heyst—replicó ella—. Nadie tan
recedores de ser tan dichosos como nosotros...

Entretanto, en otra parte de la isla, Wang
acababa de tapar la fosa donde había coloca-
do los cadáveres de Ricardo y Pedro, la cual
pondría tregua a los muchos crímenes rea-
lizados por ellos.

Libre de ellos Heyst y Alma, bien podrían
afrontar juntos la felicidad futura, quienes
juntos también afrontaron la muerte la no-
che anterior.

FIN

BIBLIOTECA FILMS
Y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas